

Agro e industria locales, dado China: economía, sociedad y política

JUAN CARLOS DE PABLO

Revista Cultura Económica
Año XXVI • N° 72 • Agosto 2008: 17-26

1. Introducción

Mi primera vivencia de la sustitución de importaciones y de la industria infantil fue a fines de la década de 1940 en la Mercería Don Paco, el negocio que en mi Liniers natal tenían mi madre y tres de sus hermanos. Allí vendíamos hilos de coser fabricados en nuestro país, los cuales –según el testimonio de las modistas– “se cortaban”, algo que no ocurría con los fabricados en Inglaterra (marca Cadena), que habían dejado de importarse debido al cierre de la economía posterior a la Segunda Guerra Mundial. Con el tiempo, los hilos de coser fabricados localmente dejaron de cortarse.

En la facultad, durante la primera mitad de la década de 1960, la cuestión del agro y la industria, la sustitución de importaciones, qué constituye atraso y qué adelanto, el empleo y la distribución del ingreso, estaban en el centro de los debates, rivalizando con el de las causas y el de qué hacer con la inflación, que ya llevaba más de una década de existencia despegada de la inflación mundial.

En Argentina, el debate sobre tipo de cambio alto, competitividad, distribución del ingreso, agro e industria, empleo, etc., es de vieja data (se planteó en 1875, a raíz de una recesión económica mundial, antes de que nuestro país se incorporara plenamente al proceso liberalizador verificado en la economía inglesa).

Pero la versión “2002 en adelante” del referido debate, no se puede plantear como en la época de la Mercería Don Paco, o como en la de la facultad, porque el contexto in-

ternacional se modificó de manera sustancial. La principal diferencia es la siguiente: quienes producían hilo de coser en Argentina a finales de la década de 1940, tenían que aprender a elaborar productos que no se cortaran, pero competían con fabricantes extranjeros –ingleses– quienes pagaban a sus asalariados remuneraciones mayores a las que se abonaban en Argentina; mientras que, en la actualidad, el productor local de un bien manufacturado tiene que aprender –o continuar aprendiendo– a elaborar su producto, compitiendo con fabricantes extranjeros –chinos–, que abonan a sus asalariados remuneraciones apreciablemente menores que las que hoy se pagan en Argentina.¹

Por consiguiente, el objetivo de este trabajo consiste en actualizar el debate referido al presente y al futuro de los sectores agrícola e industrial en la Argentina.² Porque, para que tal debate resulte relevante, es imprescindible incorporar a China.³ La referida actualización no se refiere a una modificación de los principios económicos –venta de excedentes, ventaja comparativa, etc.–, sino a la aplicación de tales principios a una realidad diferente de la existente hace medio siglo.

No está demás plantear una obviedad importante. La mayor conexión económica entre Argentina y China deriva de la globalización, entendida como la reducción sistemática y significativa de los costos de transporte y comunicación. Lo cual implica que la mayor conexión comercial afecta las estructuras económicas existentes, particularmente en Argentina. En otros términos,

el análisis no busca identificar qué actividad manufacturera habría que instalar en el país, partiendo de cero, sino que busca considerar qué impacto tiene la referida mayor conexión comercial, sobre la estructura existente.

2. Un contexto supersimplificado

Para entender, nada mejor que comenzar exagerando. Imaginemos un mundo integrado por dos países, Argentina y China, en los cuales se producen dos bienes, soja y “productos industriales”, respectivamente.

La economía china es grande y la argentina pequeña, lo cual implica que los precios internacionales de ambos bienes son los que existen dentro de China.

Abundante en tierra fértil, Argentina produce soja utilizando la totalidad de su tierra y capital y –digamos– la cuarta parte de su fuerza laboral. Carente de suficiente tierra fértil, pero abundante en talento empresarial y mano de obra calificada y dispuesta a trabajar “por nada”, China produce todo lo demás a menores costos que Argentina.⁴ Como consecuencia de esto, en ausencia de restricciones comerciales, Argentina exporta soja e importa todos los productos industriales.

Lo primero se da porque China es un importador “estructural” de soja. La economía china está viviendo una época de transición –incorporación de capital y tecnología moderna a territorio y población dados–, que, en términos del calendario, bien puede durar algunas décadas más. Como consecuencia de ella, los chinos aumentan fuertemente su ingreso por habitante y, por consiguiente, su demanda de alimentos (para simplificar, soja). Dada la disminución de su tierra cultivable –debida a la erosión que avanza desde el oeste y a la urbanización que avanza desde el este–, la creciente demanda de soja implica crecientes importaciones de dicho producto. A su vez, Argentina es un exportador “estructural” de soja, dado que no tiene cómo consumir localmente la producción que genera la totalidad de su capital, tierra y mano de obra ocupada en el sector.

Por otro lado, lo segundo, esto es, que China exporte todos los productos indus-

triales, deriva del hecho de que durante la transición –el período al que se refiere este análisis–, el desarrollo económico chino parece basarse en una “oferta ilimitada de mano de obra”, de la que William Arthur Lewis habló en 1954.

¿Cómo luciría la economía argentina, en este contexto supersimplificado? La única actividad económicamente viable sería la soja. De manera que trabajar, en el sentido de ocupar genuinamente los recursos productivos, es algo que sólo se referiría a elaborar semillas de soja, preparar el campo, agregarle fertilizantes, herbicidas y agroquímicos, fabricar y mantener la maquinaria, manejar los camiones y la grúa del puerto, etc.; por otro lado, agronomía sería la carrera más importante en las universidades argentinas. Nada despreciable, por cierto, y muy valioso,⁵ pero para seguir el razonamiento supongamos que tal actividad ocupara a sólo una porción (digamos, el 25%) de la fuerza laboral, generando una tasa de desocupación del 75%.

La fortísima modificación que frente a la realidad actual implicaría este contexto supersimplificado, tendría claras implicancias sociales y políticas, las cuales serán analizadas más adelante.⁶

3. Modificaciones relevantes

El caso planteado capta algunos aspectos esenciales de la realidad, pero simplifica demasiado. Por consiguiente, corresponde ajustarlo, para aumentar su realismo.

Dicho mayor realismo implica introducir otros destinos para la producción de bienes exportables, y, por lo tanto, otra utilización de los recursos disponibles para la producción de dichos bienes; a su vez, implica introducir otros bienes, así como reconocer la posibilidad de producción basada en ventajas comparativas, en Argentina, de algunos productos industriales.

Otros destinos, para otros productos agrícolas. Además de Argentina y China, en la práctica existen otros países o continentes. Europa, por ejemplo, que también demanda alimentos, producidos “orgánicamente”. Esto implica la existencia de usos alternativos para los recursos productivos. Los

propietarios (o arrendatarios) de la tierra y dueños del capital, deben decidir –cada vez que resulte posible– entre destinar sus esfuerzos a producir soja (alimento “para los pobres”), o productos agrícolas orgánicos (alimento “para los ricos”), vino, etc., con las consiguientes implicancias sobre la demanda laboral en el sector rural (porque, salvo por casualidad, el componente de mano de obra es igual en la producción de los distintos productos primarios).

La existencia de otros países, además de Argentina y China, también plantea la posibilidad de que China se abastezca de soja en... Brasil. De manera que el aumento de la demanda de importación de soja por parte “del resto del mundo”, no necesariamente implica el aumento de las exportaciones de Argentina.

Otros bienes. Agotar la potencialidad productiva de un país en sus productos primarios, también es una simplificación. Porque en la práctica también existen los servicios. Y, por su naturaleza, el grueso de los servicios se produce y se consume localmente. En efecto, conozco gente que estudió en Harvard, se operó en la Clínica Mayo y pasea por París,⁷ pero el grueso de los seres humanos se educa, se cura y se distiende dentro de su país, así como también demanda en su medio: servicios de construcción, peluquería, gimnasio, servicios religiosos semanales, etc.

Me estoy refiriendo a servicios genuinos, no a los “Planes trabajar” a los que aludí antes. Christian Lorenz Ernst Engel documentó probablemente la regularidad empírica más robusta, a saber: a medida que aumenta su ingreso, el ser humano dedica una porción decreciente del mismo a alimentarse. ¿Qué hace con el resto del ingreso? Lo reparte entre manufacturas y servicios. Dicho reparto no es tan nítido como para que existan dos “leyes” de Engel, pero, de cualquier manera, hay evidencia de que la elasticidad ingreso de los servicios es importante.

Argentina también produce algunos productos industriales. No solamente los produce, sino que además –en el caso de los caramelos que fabrica Arcor y los tubos de acero que elabora Techint–⁸ los exporta a... China. De manera que “no está escrito” en

ningún texto bíblico o mandato divino, que sólo los chinos producen “eficientemente” productos manufacturados.⁹

Esto de “eficientemente” merece un comentario. Porque seguramente que ni Arcor en el mercado de las golosinas, ni Techint en el de los productos siderúrgicos, compite con la producción china pagando menores salarios. ¿Diferenciación de producto? La razón que fuera, debería ser investigada con interés por parte del resto de los fabricantes de productos manufacturados. ¿Qué sabemos hacer, que los chinos todavía no?, es la pregunta que se formulan –y que tienen que responder satisfactoriamente– los 4.700 millones de seres humanos que viven fuera de China y que aspiran a vivir con ingresos superiores a los de los chinos.

Todo esto quiere decir que, en ausencia de restricciones comerciales, el PBI de Argentina estaría constituido por soja (más sus insumos y complementos), servicios genuinos y productos industriales diferenciados. ¿Qué tasa de desocupación de la mano de obra resultaría en este contexto más realista?, ¿50% de la fuerza laboral?

4. Interrogantes relevantes

El futuro es incierto, muy incierto. Por consiguiente, ninguna estrategia productiva y comercial de largo plazo puede ignorar el conflicto que existe entre los beneficios y los riesgos de la especialización (los modelos basados en la certeza perfecta esconden bajo la alfombra elementos de juicio importantes).¹⁰

Dejémosle a los chinos que conjeturen qué les puede ocurrir si algún día los argentinos decidimos no seguirlos abasteciendo de soja, o si no podemos hacerlo; preguntémosnos nosotros por la estructura productiva y de comercio exterior que mejor conviene a nuestros intereses. Para lo cual hay que prestarle atención a cuestiones como las que siguen.

Volúmenes y precios en el mercado internacional de soja. La demanda china de soja depende de lo que ocurra con el tamaño de su población y, fundamentalmente, con su ingreso por habitante. Pero, además, entre la demanda china de soja y las exportacio-

nes de soja de la Argentina se “interponen” la oferta china de soja, así como la oferta del resto del mundo de dicho producto.

¿Durante cuánto tiempo más habrá salarios bajos en China? Ni China es un punto ni su mercado laboral es único. De manera que “salarios bajos” alude, en el espíritu de Lewis (1954), a que la continuación del crecimiento basado en llenar su territorio y su población, con capital y tecnología foráneos, no “atorará” los mercados laborales –como en algún momento ocurrió con los de Japón, Corea del Sur, etc.–. Esto podría deberse a la acción sindical, antes de a la plena ocupación de la mano de obra en el sector moderno de su economía.

¿Competencia predatoria en productos industriales? ¿Qué tal si los productos chinos son baratos porque empresarios y asalariados de dicho país intentan primero destruir la competencia instalada en el resto del mundo y, cuando lo logren, aumentarán el precio de sus productos y el monto de sus salarios? Como el resto del mundo “se habrá olvidado” de fabricar manufacturas, los países productores de bienes del tipo de la soja no tendrán más remedio que sufrir un nuevo deterioro de los términos del intercambio.

A partir de los trabajos de William Jack Baumol (síntetizados en Baumol, 1982), la cuestión fue analizada en la literatura económica desde la perspectiva de los mercados desafiables, “aquellos en los cuales la entrada de nuevos oferentes es totalmente libre y la salida no tiene costo alguno [...]. Cuando un mercado es desafiable no pueden existir subsidios cruzados, ni las políticas de precios predatorias pueden ser utilizadas como mecanismos de competencia desleal [...]. En mercados desafiables, la inexistencia de nuevos oferentes, así como una alta concentración de la oferta, son signos de virtud, no de vicio” (Baumol, 1982).

¿Ventajas comparativas en base a bienes públicos, externalidades, etc.? La producción no depende exclusivamente del esfuerzo del productor individual, sino también del “ambiente” en el que se desarrolla. El sector público puede ayudar proporcionando bienes públicos (seguridad, defensa, justicia, conocimientos –su generación y disseminación a través del sistema educativo–, etc.).

El análisis también debe tener en cuenta las externalidades que genera la producción. En función de la desocupación “estructural” de mano de obra que surge del análisis realizado hasta aquí, hay una que merece destacarse. Al identificar las dificultades existentes para prolongar la reactivación económica comenzada en 2003, junto a la crisis energética que se está incubando, se menciona la escasez de mano de obra capacitada, principalmente técnica. Lo cual se conecta, entre otras cosas, con el cierre de las escuelas técnicas producido durante la década de 1990. No estoy en condiciones de saber cuánto hay de cierto en esto (no en el cierre de las escuelas, sino en la relevancia que dicho hecho tiene en la explicación aludida), pero así como nos olvidaríamos de cómo se produce soja si cerráramos la economía, nos olvidaríamos de cómo se producen productos industriales, si la abriéramos. ¿Existe alguna asimetría, desde el punto de vista de los costos y beneficios de la preparación laboral, ante una necesaria reconversión futura?

Cada uno de estos interrogantes merece un análisis que supera las posibilidades de este trabajo. Aquí sólo cabe plantear un posicionamiento decisorio en base al denominado esquema “error tipo I – error tipo II”.

La hipótesis de la creciente demanda de importación de soja por parte de China es robusta, a la luz de la esperada continuación del fuerte crecimiento del PBI en dicho país y de la humana pretensión de los chinos de no morir de hambre. Con más cuidado debe analizarse la cuestión de la posición relativa de la Argentina entre los países proveedores de soja en el mercado internacional.

La hipótesis de la continuación de los salarios bajos en China también es robusta como planteo general. Si es cierto que en China hay cuatrocientos millones de seres humanos incorporados al sector moderno, y si, por lo menos, el doble de esta cantidad se está incorporando en estos tiempos, la continuación de la relevancia del esquema de oferta de mano de obra tipo Lewis (1954) es razonable.

La hipótesis de la competencia predatoria de los chinos en la fabricación de los

productos manufacturados no es razonable como planteo general por el referido razonamiento de los mercados desafiables. Claro que no se puede rearmar la producción local de un producto de la noche a la mañana, como sugieren algunos libros de texto. Pero, como principio general, desperdiciar las ventajas del intercambio internacional en nombre de lo que alguna vez puede ocurrir si los chinos aumentan sus precios y sus salarios y si nosotros nos olvidamos de producir, también parece ser un costo exagerado. De repente, vale la pena recorrer el espinoso terreno para poder verificar si esto es cierto en algún tipo de productos (espinoso alude al hecho de que, muy probablemente, el argumento de la dificultad de “reindustrializar” el país sería utilizado como elemento de negociación, más allá de la realidad).

Los bienes públicos y las externalidades existen, pero cabe efectuar algunas consideraciones al respecto. Primero: el concepto de bienes públicos también tiene que incluir a su contrapartida: los males públicos. En el caso argentino, y en base a la experiencia, deberíamos preguntarnos si, desde el punto de vista de la producción local, el Estado es parte de la solución o del problema.¹¹ Segundo: la cuestión de los bienes públicos, externalidades, etc., plantea fenomenales problemas de diagnóstico, con los consiguientes abusos desde el punto de vista de la negociación.

Insisto en que el posicionamiento sugerido en esta parte del trabajo no surge de investigaciones detalladas, sino de mi prolongada experiencia personal, además de mis lecturas, que me llevan a diferenciar claramente entre lo que cabría esperar en el plano de los deseos y lo que cabe esperar en función de nuestra historia concreta.

5. Efectos de la protección arancelaria

Hasta aquí nos ocupamos de la estructura productiva y comercial que, dado China, existiría en Argentina, en ausencia de restricciones comerciales. ¿Cuál sería el rol y cuáles los efectos de la imposición de barreras a la importación de productos por parte de nuestro país?

En cuanto al rol a cumplir, cabe investigar el impacto que distintas formas de barreras a la importación tendrían sobre el nivel y la composición de las exportaciones e importaciones. En cuanto a los efectos, el interrogante clave es el siguiente: ¿qué estamos discutiendo, dado China, cuando nos ocupamos del presente y el futuro de la industria local?, ¿el tamaño de la “torta” o su distribución? En otros términos; ¿en qué sentido la protección de la producción manufacturera local implica un aumento genuino de nuestro PBI?, ¿en cuál una redistribución interna de ingresos?

En relación al primer punto, no está demás aclarar que este trabajo realiza un planteo de largo plazo. Por consiguiente, no cabe razonar en términos “mercantilistas”, como lo sería pensar, por ejemplo, que el destino del producido de las exportaciones represente el aumento de las reservas internacionales del Banco Central o la disminución de la deuda externa. Se exporta para importar. Por consiguiente, las barreras al comercio implican la disminución del volumen total de exportaciones e importaciones, con probables modificaciones en la composición de las compras al exterior.

Un derecho de importación uniforme (equivalente a un derecho de exportación uniforme), probablemente reduzca el volumen importado, pero también reducirá el volumen exportado, desplazando algunos recursos productivos de la producción de bienes exportables, a la producción de bienes que sustituyen importaciones. Mientras que un derecho de importación diferencial, según tipo de producto, probablemente reduzca –o elimine– la importación de determinados bienes más que la de otros, y quizás hasta induzca el aumento de ciertas importaciones (a través de la correspondiente apreciación cambiaria).

Muchos sugieren que, para evitar conflictos, habría que restringir las importaciones exclusivamente a los minerales que no tenemos y a las manufacturas que bajo ninguna circunstancia podríamos producir. Japón tiene que importar petróleo obligatoriamente, porque carece de este recurso dentro de sus fronteras, pero los japoneses no deberían hacer turismo en Miami o Punta del Este, sino en Kobe, Kyoto o Tokio.

En este contexto, tanto desde el punto de vista de las exportaciones como desde el de las importaciones, tendríamos un intercambio basado en la “venta de excedentes” y no en la ventaja comparativa. Mucho me temo que, si la lista de importaciones permitidas se confeccionara exclusivamente con los productos que, cualesquiera fueran sus costos, Argentina no puede producir, el nivel de las importaciones sería exiguo y obligaría a un fuerte desplazamiento de recursos, de la producción de soja a la elaboración de bienes industriales.

En cuanto a los efectos, el aporte genuino (aumento de la “torta”) que la producción manufacturera produce en el PBI, es el ocupar a la fuerza laboral que no consigue empleo en la producción de soja y complementos, así como en los productos industriales diferenciados y servicios genuinos. Pero, para que dicho aporte sea genuino es necesario remunerar a la totalidad de los recursos productivos que no tienen uso alternativo con la diferencia entre el valor de la producción industrial a precios internacionales y el valor de los insumos que sí tienen uso alternativo, también valuados a precios internacionales. Se debe sumar a esto también lo que el Estado esté dispuesto a pagar a los asalariados, quienes, en su condición de seres humanos, reciben un plan tipo jefe y jefa de hogar.

Un ejemplo aclara el concepto anterior. Un industrial produce en Argentina el producto X, que los argentinos podrían comprar en China a \$5 por unidad. El producto X se elabora con determinada cantidad de horas-persona, el esfuerzo gerencial del fabricante, más \$2 de materias primas que se pueden utilizar para otro fin, o que se importan. Pues bien, el PBI de Argentina aumenta realmente sólo si en la fabricación del producto X no se gastan más de \$3 por unidad, para pagarle a todos los que colaboran en su elaboración, más lo que significa, por unidad, lo que el Estado abonaría en concepto de plan trabajar o seguro de desempleo.

Esto se debe a que por encima de este proceso estamos frente a una redistribución interna de ingresos, no a un aumento del PBI. En efecto, si para que continúe la producción del producto X es preciso que exis-

ta un derecho de importación –o subsidio a la producción interna– superior al implícito en el párrafo anterior, observaremos la producción de dicho producto y también el pago de salarios superiores a los de los chinos, pero como la contrapartida del sobreprecio que tendríamos que pagar como consumidores, que también somos argentinos. Por ejemplo, en la década de 1980 los salarios en la provincia de Tierra del Fuego eran elevados, pero en Argentina los televisores costaban u\$s 1.000 cada uno. La “riqueza” de los asalariados fueguinos era la contrapartida de la “pobreza” de los consumidores, también argentinos.

Hasta aquí el análisis estático de la protección arancelaria. El análisis dinámico plantearía la imposición de barreras a la importación de ciertos productos industriales, como mecanismo de “financiación” del mantenimiento de una fuerza laboral que continuará sabiendo elaborar otros productos, además de soja. Argumento que, como todos, puede ser usado –pero también abusado– como mecanismo de negociación.

6. Economía, sociedad y política, de aquí en más

Quienes preparan comidas por televisión, comienzan por poner todos los ingredientes sobre la mesa. Luego los elaboran individualmente, los mezclan, los hornean y finalmente los presentan. Quienes miramos el proceso sabemos que si falta algún ingrediente importante, no hay esmero del cocinero que lo pueda remediar (lo contrario también es cierto: si están todos los ingredientes, pero el cocinero es ignorante o torpe, el producto tampoco sirve).

En la Argentina del 2008 el debate sobre el presente y el futuro del agro y la industria tiene que incorporar a China y ubicarla en un lugar central de la reflexión. Atendiendo –como siempre– a las consideraciones culturales, sociales y políticas, no sólo a las económicas. Comencemos por estas últimas.

Desde el punto de vista económico, el contexto supersimplificado implica reeditar con China el esquema “agroexportador” que, durante la última porción del siglo XIX y comienzos del siglo XX, Argentina

mantuvo con Inglaterra. “Sojacracia”, algunos servicios y productos industriales específicos.

Cuando aludo a las consideraciones culturales pienso en lo siguiente: muchos argentinos parecen llevar en la sangre la idea de que fabricar *commodities*, particularmente las de origen agropecuario, constituye casi una maldición, en todo caso, indigna de nosotros. En cambio, la manufactura “agrega valor”, más aún si lo hace a través de una “cadena de valor”. Sin apelar a dato alguno, es increíble la frescura con la cual se afirma que la producción de soja no genera empleo, mientras que la de los productos petroquímicos sí; y que se genera más valor agregado produciendo juguetes, que soja o... turismo.

Junto a lo cual cabe plantear: ¿cómo “es”, socialmente, un país en el que sólo se produce soja? Uno dominado por los productores de soja y complementos y sus familias, es decir, uno donde impera la “sojacracia”. Uno en el cual todo el mundo sueña con casarse con un sojero o sojera. Uno en el cual las autoridades de turno sólo les rinden pleitesía a los sojeros. Uno en el cual –más allá de los cursos referidos a soja–, en la escuela y en la universidad se estudia esperanto, el sistema solar que existirá dentro de un millón de años, etc. Uno en el cual la sede de la Asociación de Productores de Soja del lugar es más importante que la casa de gobierno, que la biblioteca local o que el instituto de investigaciones del pueblo, etc.¹²

Que el ser humano, pasivamente, acepte el lugar que “el sistema económico le asigna”, en función de la familia en la que nació, la educación que recibió, el afán con el cual trabaja, ahorra y se perfecciona, etc., es la vivencia de algunos, pero no la de todos. En la práctica los seres humanos pelean por su nivel de vida en los mercados laborales, pero también en la familia (que heredaron, formaron o a la que se sumaron), en la calle, en el cuarto oscuro, en la legislatura, amigándose con el puntero de turno, robando, chantajeando, etc.¹³

Conectando lo social con lo político, ¿cómo vive el 75% de la fuerza laboral y sus familias, que no pueden trabajar debido a que todos los productos menos la soja, son

importados desde China? En las monografías de los economistas que no piensan,¹⁴ dada la referida tasa de desocupación, el salario sería igual a cero y tres cuartas partes de la fuerza laboral, junto con sus familias, viviría “del aire”. Esto es como creer en la existencia de Melchor, Gaspar y Baltasar.

Si hay un “mercado” que le interesa a los políticos, es el electoral. ¿A cuántos de ellos les conviene decirle al electorado que eso de conseguir suficientes fondos para él (o ella) y su familia es una responsabilidad principalmente personal porque la política está para cosas superiores? A muy pocos. A la mayoría le conviene convertirse en abogados peticionantes de porciones del ingreso, obtenidas modificando la política económica en base a consideraciones personales o familiares, regionales o sectoriales, a costa del interés general.¹⁵

Políticamente, la lucha por la distribución del ingreso se puede plantear según una versión civilizada y otra “menos civilizada”.

Versión civilizada: el gobierno grava la producción y exportación de soja con impuestos no distorsivos –como un impuesto aplicado a la tierra libre de mejoras–, con el cual financia un gigantesco “plan trabajar”, para que vivan quienes se desempeñen como desocupados puros, y también como científicos, artistas, deportistas, sacerdotes, militares, jueces, etc., cuyos servicios no son demandados por los productores de soja y sus familias.¹⁶

Versión menos civilizada: el referido 75% de la fuerza laboral corta puentes, hostiga al 25% restante, secuestra a algunos sojeros, irrumpe en los supermercados, etc. Lo hace por iniciativa propia, con apoyo de dirigentes políticos, intelectuales y comunicadores sociales, en nombre de que todo el mundo tiene derecho a que se comparta la “torta”. Volveremos sobre esta cuestión más adelante.

Cuando se pasa del contexto supersimplificado a las versiones más realistas, el desafío resulta ser cuantitativamente menor, aunque no cambia de carácter.

Todo esto tiene una implicancia fundamental: que la estructura económica que observamos es, al menos en parte, un fruto de naturaleza política que, más allá de la

realidad, se describe utilizando un lenguaje social y políticamente correcto. La protección aduanera no busca que algunos compatriotas generen ingresos a costa de otros compatriotas, sino “el progreso”, “el modelo productivo”, “la correcta incorporación a la economía mundial”, “la superación de la Argentina agro-exportadora”, etc.; y los planes de ayuda no buscan que algunos compatriotas puedan sobrevivir biológicamente, sino reparar una “injusticia social”.

¿Qué tenemos para decir los economistas a la luz de todo esto? Con frecuencia, en las aulas de las facultades de ciencias económicas presentamos la teoría de la política económica, como si el ministro de economía de turno fuera el único funcionario con poder, y también como si al diseñar e implementar la política económica únicamente se le prestara atención a las consideraciones de eficiencia. Esto es, cuanto menos, una exageración.

El mensaje que los economistas tenemos para aportar es uno elemental, pero muy importante: que dado determinado contexto internacional, el funcionamiento interno de una economía, y por consiguiente los resultados concretos para los seres humanos que viven en determinado país, depende de cómo se combinan las consideraciones económicas, culturales, sociales y de poder, en las decisiones públicas.

Específicamente debemos subrayar que la producción interna de soja no es un dato, sino el resultado de la decisión de miles de sojeros, quienes, en función de la perspectiva de sus ingresos –precio mundial, neto de todo tipo de impuestos–, podrán variar sus esfuerzos. Llevado al extremo, como en *La rebelión de Atlas*, de Ayn Rand, abandonando los campos, para que quienes sólo viven a costa de terceros, se queden con la vaca que ordeñaron sin límites y sin parar.

También debemos recalcar que el listado de productos industriales que se puede producir de manera diferenciada tampoco es un dato, pero para el industrial también tiene que tener sentido intentar diferenciar su producto, en términos de sus propios resultados.

Por último, en el caso de la producción local de productos que bien podría ser im-

portada desde China, importa enfatizar que el subsidio total nunca puede implicar que el valor de la producción a precios internacionales pueda superar el uso de insumos que tienen en el mercado internacional. Porque, de lo contrario, se produciría una pérdida neta de recursos (por ejemplo, regale gasa esterilizada para secar autos lavados y verá lo que significa generar valor agregado negativo).

Como demandante de soja y oferente de muchos productos industriales, China obliga a actualizar un debate que hace mucho se plantea en Argentina. Desarrollemos al máximo la potencialidad local, a la luz de los precios relativos internacionales, sin temer por la imagen de la estructura económica resultante. Incorporando las consideraciones sociales y políticas a la realidad, no a la imagen. Producción bruta y empleo en una fábrica concreta no son necesariamente sinónimos de mayor valor agregado. Si equivocamos la estrategia, podemos terminar teniendo pleno empleo de mano de obra, pero remuneraciones inferiores a las que se pagan y cobran en China.

¡Ánimo!

Referencias bibliográficas

- Baumol, W. J. (1982), “Contestable markets: an uprising in the theory of industry structure”, *American Economic Review*, 72, 1, Marzo 1982.
- de Pablo, J. C. (1991), “Una explicación, algo exagerada, del estancamiento económico argentino”, *Alta gerencia*, 1, 3, Diciembre 1991.
- de Pablo, J. C. (2005), “Eficiencia y distribución”, *Contexto*, 2 de agosto (reproducido como *Documentos de trabajo CEMA*, 301, agosto de 2005). Presentado en la Reunión Anual de la Asociación Argentina de Economía Política, Noviembre 2005.
- Hirshleifer, J. (1991), “The technology of conflict as an economic activity”, *American Economic Review*, 81, 2, Mayo 1991.
- Lewis, W. A. (1954), “Economic development with unlimited supplies of labour”, *The Manchester school of economic and social studies*, vol. XXII, 2, Mayo 1954.

- Olson, M. (2000), *Power and prosperity*, Basic books. En castellano: *Poder y prosperidad*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2001.
- Prebisch, R. (1949), “El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas”, *El trimestre económico*, 16, 63, Julio-Septiembre 1949.
- Rand, A. (1957), *Atlas shrugged*, Dutton book.
- Vargas, J. F. (2005), “El lado oscuro de la fuerza”, Mimeo.

¹ No hice un estudio estadístico, pero la idea general es nítida. Que a fines de la década de 1940 los salarios industriales que se pagaban en Inglaterra fueran inferiores a los que se abonaban en Argentina, era un fenómeno transitorio. En su trabajo clásico en favor de la industrialización de América Latina, publicado en 1949, Raúl Prebisch racionaliza la sustitución de importaciones, para que también los asalariados que viven en “la periferia” puedan acercar sus remuneraciones a las existentes en “el centro”. Diferente a la expectativa que hoy genera China.

² La versión preliminar de este artículo recibió jugosísimos y variados comentarios, que agradezco muy en serio, de Osvaldo Emilio Baccino, Habib Basbus, Javier Cardozo, Carlos Chevallier, Raúl Ernesto Cuello, Daniel Yves Della Costa, Víctor Jorge Elías, Rosendo Fraga, Adrián Guissarri, Daniel Heymann, Jorge Katz, Juan Koppany, Martín Krause, Mario Marzana, Eduardo May, Alfredo Martín Navarro, Alberto Porto, Manuel Sacerdote, Enrique Szewach y Mario Teijeiro, ninguno de los cuales es responsable de los errores remanentes.

³ No sólo China, pero por su tamaño, diversidad y velocidad de cambio, principalmente China. En ciertos sectores de repente la “novedad” es India.

⁴ “La velocidad con la cual China ha conquistado, apoderado e incautado industrias enteras a nivel mundial (juguetes, textil, confección de ropa, cuero, calzado, muebles, herramientas, productos electrónicos, etc.) es impresionante y aterradora. La tendencia, lejos de revertirse, sigue acelerándose. Cabe esperar que dentro de diez años no quedará en el mundo desarrollado y semidesarrollado una sola industria productora sobre materias primas transables con valor agregado de mano de obra relativamente importante (20/25%)” (Koppany, empresario argentino con vasta experiencia en China, comentario a la versión preliminar de este trabajo).

⁵ En particular, la generación de valor agregado. Los economistas no le prestamos tanta atención a la producción como fenómeno físico cuanto al valor agregado, contrapartida del ingreso de alguien.

Si exportar productos “de avanzada” me cuesta u\$s 2, por cada dólar que me paga el resto del mundo figuraré en las listas que dan brillo, pero seré más pobre.

⁶ Porque significaría la “desindustrialización absoluta” del país, así como la especialización completa de su aparato productivo.

⁷ De manera que el turismo, así como los servicios educativos o de salud, también pueden ser objeto de comercio internacional. Software, publicidad, ingeniería de sistemas, son otros ejemplos válidos de servicios que se transan entre países.

⁸ ¿Son los tubos de acero un buen ejemplo de “producto industrial” cuando resultan de la transformación de recursos minerales que los chinos no tienen y de la aplicación de energía, que en Argentina a veces se subsidia?, se preguntó uno de los lectores de la versión preliminar de este trabajo.

⁹ El análisis se circunscribió a los bienes finales. ¿Cómo habría que modificarlo en presencia de bienes intermedios?

¹⁰ Siempre ocurre. La estrategia puesta en práctica por Argentina durante el último cuarto del siglo XIX y comienzos del siglo XX, generó beneficios y costos durante las épocas de expansión (un productor de trigo de la provincia de Buenos Aires y un productor de textiles de la provincia de Tucumán calificaban de manera distinta lo que ocurría durante el mismo período), quedando expuestos sus riesgos durante la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión. Todos estos aspectos deben ser tenidos en cuenta cuando la misma es evaluada, que de igual manera deben ser tenidos en cuenta cuando se toman decisiones de aquí en más.

¹¹ En de Pablo (1991) distinguí entre trabajar y estar ocupado, agregando que –según mi experiencia como consultor– con lamentable frecuencia en Argentina “los empresarios están tan ocupados que no les queda tiempo para trabajar”. No se trata de un juego de palabras. Trabajar significa prestarle atención a los consumidores, a los competidores, a la tecnología, a la calidad del producto, etc.; estar ocupado quiere decir reunirse con las autoridades, no faltar nunca a las reuniones de las cámaras de productores, prestarle atención a los análisis políticos y económicos de los expertos, etc. Los empresarios trabajan o están ocupados, dependiendo de la rentabilidad privada relativa de cada uno de los posibles destinos de su valioso tiempo. La rentabilidad social puede ser muy diferente.

¹² Siempre simplificando, es la imagen social que tengo de Arabia Saudita.

¹³ “La gente puede satisfacer sus deseos de dos maneras principales: produciendo o conflictuando” (Hirshleifer, 1991). “Pero si esto es así, tanto la producción y el intercambio, como la apropiación, deberían ser tema de estudio de la economía. Pero

los economistas han omitido la segunda alternativa. Esta gran paradoja fue notada por Hirschleifer, a fines de los años setenta [...]. Para él la teoría del intercambio y la teoría del conflicto son dos ramas del análisis económico equiparables en importancia: la primera basada en los contratos y la ventaja mutua, la segunda en la fuerza y la ventaja propia [...]. ¡Sólo existe una ciencia social! Hirshleifer especuló sobre el origen de tan grande omisión. Al parecer deriva de un enfoque idealizado de las instituciones humanas, desarrollado por los Padres Fundadores, el cual ignora por completo la realidad biológica subyacente del animal humano” (Vargas, 2005). Olson (2000) también analizó la realidad desde esta perspectiva.

¹⁴ Algunos colegas se enfurecen –civilizadamente, como corresponde– cuando leen expresiones más como ésta. No es nada personal: en todas las profesiones, en todas las actividades, hay muchos que hablan, o escriben, sin pensar. Porque hablar, o escribir, es “gratis”. La “fibra” del intelectual se aprecia

cuando para él (o ella) la realidad no es el discurso, o el artículo, sino aquello a lo que se refieren el discurso o el artículo. Y se juega por lo que considera verdadero o apropiado, independientemente de lo que resulte “correcto” desde el punto de vista político o de la imagen. Pocos –en el país, y en el mundo– pasan hoy este test, según mi opinión.

¹⁵ De Pablo (2005) planteó el conflicto entre eficiencia y distribución, tanto cuando los funcionarios son angelicales, como cuando se dejan llevar por las pasiones humanas.

¹⁶ No se ofenda por esta descripción, que está hecha simplemente para entender. En esta versión supersimplificada del modelo, el 75% de la fuerza laboral no le produce nada al 25% restante, el cual sólo demanda genuinamente productos industriales. Esta descripción es “políticamente incorrecta”, pero enfatiza el hecho de que –en este contexto– la ciencia, el arte, la religión, etc., son meros pretextos para otorgarle ingresos a seres humanos excluidos.